

El Jesuita Torres, antiguo compañero de Francisco Javier, falleció en el Japon unos días antes de embarcarse para Europa. En este mismo año de 1571, el P. Francisco Cabral, que entró á sucederle en el cargo de superior de las misiones, desembarcó en la isla de Xiqui, acompañado de Almeida, y al momento emprendió la visita de las cristiandades del Japon, que aunque se hallaban en un estado de progreso, su pobreza evangélica no llegaba sin embargo, á los ojos de este hombre rígido, al grado de perfeccion que debía tener: habian creído algunos misioneros, que sin propasarse á infringirla, podrian, á usanza del país, llevar hábitos de seda, única tela que gastaban los indígenas; tratando al mismo tiempo de realzar la dignidad sacerdotal, y de dar á los japoneses una alta idea de la religion católica; pero Cabral no quedó satisfecho con las razones alegadas, y los Jesuitas se vieron precisados á someterse á unas órdenes que sacaba el superior de la majestad de su pobreza y del fausto y esplendor de la obediencia religiosa; y cuando en 1572 se vió en la precision de presentarse en la corte del Cubo-Sama de Meaco, tratando de dar ejemplo á sus subordinados, se negó á despojarse del humilde y raído traje que le cubria.

En tanto que proseguia Cabral sus visitas, el hermano Lorenzo conducia la luz de la fe al reino de Tambah, cuyos habitantes deseaban con tanto ardor el arribo de los misioneros, que aun siendo todavía paganos, empezaron á construir iglesias. En Ormura hacia ya tiempo que se habia declarado cristiano Bartolomé Sumitanda, rey de aquella comarca, quien, á ejemplo de los príncipes de Bungo, era el discípulo mas fiel, el aliado mas constante y el protector mas decidido de los Jesuitas, como para recompensarles el trabajo que se tomaban en aleccionar á sus pueblos en la obediencia que le debian como á soberano, y en el respeto á la ley de Dios.

### CAPÍTULO XIII.

Polanco es elegido vicario general. — Reúñese la congregacion general. — Exige el Papa que no sea español el general que haya de ser nombrado. — Motivos de esta exigencia. — Previsiones de los españoles. — Sale nombrado Everardo Mercurian. — Decretos promulgados por la congregacion. — Por qué se mezclan los Jesuitas en los negocios políticos. — Los protestantes de Alemania atacan su enseñanza. — El P. Canisio, nuncio del Papa en Austria y Baviera. — Trata el Pontífice de hacerle cardenal. — Se fuga. — Va á fundar el colegio de Friburgo. — Revolucion en Bélgica. — Guillermo de Nassau y D. Juan de Austria. — Sitio del colegio de Amberes. — El Padre Balduino del Ángel aconseja la lenidad á D. Juan. — Batalla de Gembloux. — Niéganse los Jesuitas á prestar el juramento exigido por los Estados. — Son expulsados de Amberes. — Peste de Lovaina. — Muerte de D. Juan. — Imputansela á la reina Isabel de Inglaterra. — El duque de Parma. — Baio y Belarmino. — El Bayanismo. — El P. Toledo. — El Jesuita Warseviez en Suecia. — Retrato de Juan III. — Situacion religiosa de Suecia. — Ocúltase Warseviez en la corte. — Escribe á los Jesuitas el rey de Polonia, Esteban Bathori. — Aconsejan los Protestantes el fratricidio á Juan III. — El Padre Nicolai. — Ponto de La Gardie, embajador de Suecia cerca de la Santa Sede. — El P. Possevino pasa á Suecia en calidad de legado. — Perplejidad de Juan III. — Abjura el luteranismo en manos de Possevino. — Condiciones para el restablecimiento del catolicismo en su reino. — Vuelve Possevino á Roma con el objeto de discutir las. — Salen denegadas. — Bienes eclesiásticos abandonados constantemente por el Papa. — Nuevo viaje de Possevino á Stokolmo. — Supersticiones del protestantismo. — Regreso de Juan III á los errores del luteranismo. — Intrigas de los Protestantes y de La Gardie. — Possevino en la dieta de Wadstena. — Fallecimiento de Carlos IX. — Los Jesuitas en Burdeos, Bourges y Pont-à-Mousson. — El P. Maldonado y la universidad de Paris. — El cardenal de Gondi y su dictámen respecto á la inmaculada Concepcion de la Virgen. — Apela la universidad de Paris al parlamento acerca la decision de su Obispo. — El P. Auger es nombrado confesor del Monarca. — Contagio en las ciudades de Lyon y Aviñon. — El Padre Grangean convierte á Montluc al catolicismo. — Los Jesuitas en Aunis y Santonge. — Trata Enrique III de dar al P. Auger la investidura de cardenal. — Auger en Dola y Dijon. — El presidente Goudran funda en Dijon un colegio de Jesuitas. — Casa profesa en Paris fundada por el cardenal de Borbon. — Peste en Paris. — La universidad y los Padres. — Origen y principio de las disensiones interiores de la Compañía en España. — Los Jesuitas en Milan. — Renuncian al seminario. — El cardenal Borromeo y los Padres. — Acusacion lanzada contra ellos. — El Jesuita Mazarini se excede en el púlpito.

to contra el santo Cardenal. — Muerte de Borromeo. — Muerte del general de la Compañía. — El vicario general Manare acusado de captacion. — Situacion de la Compañía. — Retirase Manare de la eleccion. — Es elegido general el P. Claudio Aquaviva. — Decretos promulgados por esta congregacion. — Biografía del nuevo general.

Inauguróse este año de 1573 en la Sociedad con la reunion de las congregaciones provinciales, encargadas de elegir los diputados que debian asistir á la general, para el nombramiento del sucesor de Francisco de Borja. Luego de la muerte de este último, habia sido elegido vicario general el P. Polanco, que convocó en seguida la congregacion general para el 12 de abril del mismo año, y á la que se hallaron presentes en la época designada todos los electores, á excepcion de los cuatro siguientes: el P. Auger, á quien habia retenido Carlos IX en el ejército, que á la sazón se hallaba sitiando á la Rochela, y los tres Jesuitas Gil Gonzalez, provincial de Castilla, Martin Gutierrez y Juan Suarez, que en union de un coadjutor, habian caido en poder de una partida de hugonotes cerca del castillo de Cardillac. Luego que los herejes tuvieron entre sus manos á estos sacerdotes católicos, se pusieron á deliberar qué suplicio les impondrian, exigiendo unos que se les decapitase, y proponiendo otros que se pidiese una gruesa suma por su rescate. Los Jesuitas, que no trataban de vender tan caras sus vidas, se negaron á esta última proposicion; resultando de esta repulsa, que Gutierrez espiró á manos de los Protestantes, mientras que los Padres residentes en Lyon rescataron á Suarez y Gonzalez, gravemente herido este último; razon por la que no pudieron presentarse á la convocatoria.

Cuarenta y siete individuos (profesos todos) tomaron parte en la votacion; entre los que se hallaban los PP. Salmeron, Bobadilla, Everardo Mercurian, Oliverio Manare, Leon Enriquez, Lorenzo Maggio, Juan de Plaza, Nadal, Ribadeneira, Vazquez, Polanco, Hoffeo, Adorno, Miguel de Torres, Palmio, Possevino, Claudio Matthieu, Miron, Madrider y Canisio.

Polanco, Salmeron y los Padres mas antiguos de la Orden, se dirigieron, segun costumbre, á demandar al Santo Padre su apostólica bendicion. Gregorio XIII se la otorgó benévolamente, y después de haberles hecho varias preguntas acerca del modo que observaban en las elecciones, y sobre el número de votos que formaban la mayoría, añadió: «¿Con cuántos votos cuentan los es-

pañoles? y ¿cuántos generales habeis tenido de esa nacion?» Á que contestaron los Jesuitas: «Los tres jefes que hasta ahora ha tenido la Compañía todos han sido españoles. — ¡Pues bien! replicó el Papa, paréceme justo que el que hayais de elegir en la actualidad sea de otra nacion.»

Esta palabra, cuya tendencia habia calculado Gregorio XIII, pareció á los ojos de los Padres un atentado indirecto contra la libertad de sus elecciones, y Polanco contestó: «La congregacion general se reúne en Roma para sustraerse á todo influjo; y una vez que vuestra Beatitud se ha declarado protector de nuestra Orden, no debe poner trabas á nuestras operaciones. — ¿No existen otros sugetos, preguntó el Pontífice, tan capaces como los españoles para desempeñar esas funciones? El P. Everardo Mercurian, por ejemplo, me pareceria digno de ser elegido;» y sin permitirles tiempo para protestar contra esta indicacion: «Idos, continuó, y haced lo que fuere mas justo.»

Apenas se habia reunido la congregacion y empezado Possevino el discurso de apertura, cuando se hizo anunciar el cardenal Como, con el objeto, dijo, de suplicar á los profesos, en nombre del Papa, y por el interés de la Iglesia universal, que por aquella vez al menos, tuviesen á bien elegir un general que no fuese español.

En medio de la heterogeneidad de individuos que componian la Sociedad, no les habia sido muy difícil en un principio el someterse á una ley comun, pareciéndoles dulce la obediencia en un primer impulso de fervor; mas luego que la Orden hubo adquirido poco á poco un incremento rápido, cesando de componerse en su mayoría de españoles y portugueses, empezaron á conocer que los súbditos de la Península desempeñaban los mas altos cargos; y á pesar de que ninguno pretendia para sí mismo, exigian todos en general que se les llamase al menos á participar del derecho que les asistia. Las Constituciones de Ignacio domaban perfectamente los caracteres mas orgullosos y los naturales mas turbulentos; pero nada podian contra el egoismo nacional, pasion quizás la mas difícil de desarraigar, porque apoyándose en unos sentimientos generosos é innatos en el hombre, es el origen de unos afectos de que jamás puede desprenderse el corazón. El Apóstol habia dicho que no existia delante de Dios diferencia alguna entre el judío, el griego, el bárbaro, y el escita; pero los Jesuitas, aun-

que sin darse á conocer por medio de ruidosas quejas, se mostraban, sin embargo, celosos de hacer triunfar esta igualdad: es verdad que Loyola, Laynez y Borja se habian conformado, á pesar de ser españoles y por un espíritu de equidad, con un voto cuya influencia era desconocida; mas sea que ciertos Padres se hallasen á la sazón demasiado dominados por las pasiones de la humanidad para dejarse sojuzgar, ó bien el orgullo castellano tratase de recobrar su ascendiente, lo cierto es que pululaban en los ánimos las disensiones interiores.

Por otro lado, los españoles abrigaban ciertas preocupaciones de raza contra algunos de sus compatriotas. Moriscos ó judíos recién convertidos á la fe católica, se veían confundidos todos bajo el nombre de cristianos nuevos. El P. Polanco, según decían, era descendiente de una de estas familias; en cuya atención temían tanto de verle ascender al generalato, que Felipe II, D. Sebastian y el cardenal Enrique de Portugal habian suplicado al Papa y al sacro Colegio que se opusiese á la elección de cualesquiera Jesuita que debiese su nacimiento á semejante origen. Gregorio XIII, que no ignoraba estas disidencias ó preocupaciones, adoptó, con el objeto de sufocarlas en gérmen, el partido que aunque mirado por todos como el más prudente, arrebató á la congregación el derecho pleno y entero que la asistía para elegir espontáneamente á su jefe. Todas estas razones decidieron á los Jesuitas á formar una diputación compuesta de Leon Enriquez, Hoffeo, Maggio, Manare y Canisio, quienes se trasladaron sin demora á presencia del soberano Pontífice dirigiéndole algunas humildes observaciones. Escuchóles el Papa, y convencido al fin por las razones que alegaban, les otorgó cuanta latitud era dable, con la única restricción de que si fuese español el elegido, debería participársele el nombramiento por la congregación antes de pasar á proclamarle solemnemente. El día siguiente, 23 de abril, fue elegido Everardo Mercurian por una mayoría de veinte y siete votos.

Era Everardo belga de nación, y por consiguiente súbdito de Felipe II, rey de España. La mayoría al nombrarle habia hecho un acto de justicia, además de haber complacido á la Santa Sede, que creía no deber permitir que se perpetuase en una sola nación un privilegio tácito, que habria pasado á ser propiedad exclusiva de los españoles. Gregorio XIII habia juzgado útil inter-

rumpir esa serie de generales de la Compañía de Jesús, extraídos de un mismo reino, y esto bastó para proponer á Mercurian como candidato. Mercurian tenia ya sesenta y ocho años cumplidos, la edad no habia debilitado en él la vivacidad de su raciocinio, y dulce y prudente, fue reputado como el más apto para consolidar el edificio de la Compañía, lo que el nuevo general tomó muy á pecho.

Nombráronsele como asistentes á Oliverio Manare, para Francia y Alemania; al P. Fonseca, para el Brasil y las Indias orientales; á Gil Gonzalez, para España y el Perú, y á Benito Palmio, para Italia y Sicilia, encargando además al P. Manare del empleo de admonitor.

Separóse la congregación el 16 de junio de 1573 después de haber sancionado cuarenta y ocho decretos. En ellos se arregla la forma de elegir el General, el modo de proceder en las congregaciones provinciales, y los deberes relativos al cargo interino de vicario general: nombróse además una comisión encargada de examinar si en los actos del concilio de Trento se hallaba algún artículo que pareciese estar en contradicción con las Constituciones de la Orden, y por último se mandaba por el decreto veinte y uno que los profesos de los cuatro votos debían obediencia á los profesos de los tres votos y á los sacerdotes que no habian profesado, aun cuando estos últimos desempeñaban en las misiones del Instituto los cargos de rector ó ministro; resultando de aquí que á los ojos de la congregación general al interpretar el principio de obediencia, no limitaba el respeto debido al título, sino más bien al empleo. La jerarquía del poder no emanaba directamente, según ella, de la cualidad individual y conferida por la profesión de los cuatro votos, sino de la voluntad y de la confianza del General. Este cálculo, si se nos permite el término, por tener que recurrir á las palabras usuales al tratar de las cosas religiosas, este cálculo denotaba una profunda inteligencia, puesto que, al destruir las categorías en que se atrinchera á veces el genio ó la fuerza, emancipaba la virtud y el talento, consagrándolos separadamente de las reglas convenidas, y dejaba á la sagacidad del General un derecho de iniciativa, cuyo beneficio debería redundar en la Sociedad entera.

El fallecimiento de un general, la vacante de la silla y la elección de un nuevo jefe, no podían acarrear ninguna modificación

seria al plan trazado por Loyola en las Constituciones. La Orden de los Jesuitas se propagaba por sí sola en el universo, bastándola recurrir á los mismos medios para obtener semejantes resultados; porque la fuerza de impulsión que la habia comunicado su Fundador, se extendia cada vez mas, aunque sin cambiar nunca de naturaleza ni de objeto. La Compañía de Jesús habia llegado á ser para la Iglesia un ejército de voluntarios, dispuestos siempre á obedecer: adoptábanla los reyes, reclamándola como su mas seguro apoyo para contrarestar los embates suscitados por la herejía contra los tronos; y aunque en la idea de Ignacio se hallaba excluida la política del objeto del Instituto, sin embargo, no habia en el siglo XVI ningun asunto político, ninguna negociacion diplomática que no tuviese un principio religioso, sin exceptuar el origen mismo de las guerras. No se trataba de potencia á potencia, ni de nacion á nacion, ni se arriesgaba batalla alguna que no tuviese por fin la destruccion ó conservacion del catolicismo: todo se emprendia, y se terminaba todo con detrimento ó ventaja de la Iglesia universal; y hasta los mismos Jesuitas se vieron obligados á interpolarse en el movimiento de las ideas políticas y sociales, que marcaban con demasiada violencia su opinion, así en lo bueno como en lo malo, para dejar de ser combatidas ó dirigidas. La Alemania y la Francia eran los palenques donde se agitaban las pasiones mas terribles; porque en estos dos imperios era mas viva la resistencia que en ninguna otra parte, y porque ambos partidos tenian aquí la organizacion mas fuerte.

En Francia, confederado el calvinismo con la universidad y el Parlamento contra la Sociedad, la hacia una de esas guerras de palabras que no se dirigian al espíritu nacional: en Alemania, no se contentaban con tener á las casas y colegios de Jesuitas bajo la influencia de una sentencia judicial, sino que los atacaban mas á las claras; y en los Países Bajos, por último, la insurreccion protestante los entregaba al pillaje, al paso que en el fondo de la Germania trataban de poner trabas á su accion, y con tal de conseguir el triunfo no se desdenaban los herejes de recurrir á las armas mas innobles y rateras.

El nuevo Pontífice que habia elegido la Iglesia era un hombre vigoroso, prudente, lleno de entusiasmo y perspicacia, que no hubiera consentido jamás el que se acusase impunemente á los defensores de la Santa Sede, por los mismos que trataban de ar-

ruinarla: amaba á los Jesuitas por simpatía, por gratitud á los servicios que le habian prestado, y por la persuasion de que los continuarían prestando en el porvenir. Era por lo tanto preciso desarraigar las convicciones de Gregorio XIII, ó desacreditar al Instituto. Y tal fue la doble tarea que se propusieron los Protestantes de Alemania. Habian observado que los Jesuitas se insinuaban en el corazon del pueblo por medio de la enseñanza, y trataron de calumniar sus colegios: en 1573, acriminaron la educacion de los Padres en Gratz, Praga, Viena é Inspruck. Si bien la causa de estas hostilidades combinadas es diferente á proporcion de los lugares y príncipes; es siempre la misma en el fondo. En Viena reunió la universidad sus esfuerzos á los de la herejía, logrando alejar al provincial Lorenzo Maggio, y aprovechándose de su ausencia para arrancar al emperador Maximiliano un decreto en que se prohibia á la Sociedad conferir los grados académicos, y explicar por los mismos autores y á las mismas horas que la universidad. Pero apenas volvió de Roma el P. Maggio, cuando la verdad se abrió paso hasta las gradas del trono, y el Emperador revocó su decreto.

En Inspruck no necesitaron los sectarios usar de tantos rodeos: un religioso denominado Juan Nas, que á instigación suya se habia mostrado siempre uno de los enemigos mas acérrimos de la Compañía, obtuvo el nombramiento de predicador del Archiduque, y desde aquella tribuna, erigida á sus preocupaciones, lanzó sobre su auditorio las mas ridiculas chanzonetas, pasando á ser á los ojos de los Protestantes un apóstol de verdad y tolerancia, por el solo hecho de inmolar á sus diatribas y sarcasmos á los ministros de la Iglesia que tenian la desgracia de contarle en su jerarquía. El Archiduque y los Católicos se dejaron alucinar en un principio; pero el rector de los Jesuitas, Volck, que no se hallaba dispuesto á consentir que se prostituyese de aquel modo el ministerio de la predicacion, tomó la defensa de su Sociedad, y bien pronto se vió precisado Nas á dirigirse á otro punto en busca de pulpito y oyentes.

Durante este tiempo recibió Canisio un rescripto del Papa, en que le ordenaba que se presentase en la corte del archiduque de Austria y en las del de Baviera y del arzobispo de Salzburgo, para desempeñar una mision importante al bienestar de la Religion; hé aquí lo que le escribia el Santo Padre: «Deseo que me

«ayudeis en el proyecto que he concebido para consolar á los católicos de Alemania, y os elijo mas bien que á ningun otro porque conozco cuán útiles pueden ser en estas circunstancias vuestra sabiduría y destreza.» Mirando los deseos del Papa como una órden, parte Canisio sin demora, desempeñando á satisfaccion las miras de la Santa Sede. Apenas habia terminado esta nunciatura cuando le volvió á llamar Gregorio á Roma para consultarle sobre los medios que se deberian emplear para restablecer la fe en las regiones del Norte. El Pontífice no conocia al Jesuita mas que por su nombradía; pero al verle proyectar una luz tan brillante sobre los asuntos de la cristiandad, y al oírle hablar con tanta penetracion respecto á los verdaderos intereses de Alemania y de las tramas urdidas por los herejes, se creyó destinado á recompensar un mérito tan brillante: comunicó su designio á los cardenales, quienes reputándose muy felices de contar á Canisio entre los individuos del sacro Colegio, no quisieron hacer un misterio de esta promocion. Segun Eusebio Nieremberg, habia pasado la misma idea por la mente de Pio V, quedándose no obstante en proyecto; pero Gregorio XIII creyó oportuno, como refiere el historiador Rader, realizarla al instante; y el Jesuita, que como Laynez y Borja, trató de hallar en la fuga el medio mas eficaz de sustraerse á las dignidades, se retiró á Dillingen, en donde la muerte del cardenal Oton Truschez acababa de cubrir de luto á sus moradores.

Juan Francisco Bonhomi, obispo de Verceil y nuncio apostólico en los cantones suizos, informó á la corte romana, en 1580, de la posicion embarazosa y difícil en que se encontraba la Iglesia en aquellas montañas, que habian llegado á ser el campamento y baluarte de las herejías. Ginebra, Alemania, Francia é Italia habian entregado este país, decia, cuyo corazon se halla infectado por los errores del apóstata Alderico Zwinglio, al embate furioso de toda clase de doctrinas; que aun cuando algunos cantones habian resistido valerosamente á la lucha que sostenian los sectarios, se iria paulatinamente enervando aquel ardor, hasta llegar á extinguirse con la generacion actual, puesto que la juventud no podia ser educada mas que en Ginebra, Lausana ó Berna. Si bien el Gobierno es aun católico, podrá verse arrastrado hácia el error por el ejemplo de las masas que se lanzaban en sus brazos, llegando entonces á ser ineficaces todos los remedios; y por último,

que á pesar de que el clero secular conocia su impotencia, no trataba de reanimar la fe, y que sumido en la ignorancia y la corrupcion, permanecia adicto al catolicismo solo por respetos humanos.

Tales eran en resúmen los temores de que hablaba la correspondencia del Nuncio, participándose los á la Santa Sede, y finalizaba de este modo: «Solo existe un medio único para derrocar los principios irreligiosos y sustituir á la depravacion de costumbres la antigua pureza, y es, la fundacion de un colegio de la Compañía;» idea que favorecieron el cardenal arzobispo de Milan y el vicario general de la diócesis, Pedro Schneulin. Propusieronla al gran Consejo, del que formaban los herejes una minoría insignificante; mas á pesar de eso, podian muy bien suscitar varias dificultades que dejarian insolubles la indigencia de los cantones y la mezquindad de sus individuos. Para obviar este obstáculo adjudicó el Pontífice al colegio proyectado los bienes de la antigua abadía de Marsens, y el gran Consejo adoptó por unanimidad el plan del Nuncio y del cardenal Borromeo.

Ya no restaba mas que encontrar un hombre, cuya voluntad enérgica y cuyas brillantes virtudes cautivasen el respeto y adhesion de la Suiza; y viendo que los Jesuitas se hallaban perplejos, ordenó el Papa á Everardo Mercurian que envíe inmediatamente á Friburgo dos Padres de la provincia de Alemania. Hallábase desempeñando á la sazón el cargo de provincial el P. Hoffeo, quien juzgando que ningun otro era mas á propósito que el P. Canisio para realizar la idea concebida por Gregorio XIII, le mandó salir con el P. Andren. Obedeció el Jesuita sin demora, y atravesando los Alpes en el corazon del invierno, llegó á Lucerna, donde residia el legado apostólico. Aquí fue donde este hombre, cuya existencia estaba agotada por una serie de estudios no interrumpida jamás, este hombre que habia desempeñado tantas y tan arduas misiones, y que se habia visto tantas veces en contacto inmediato con los emperadores y reyes, consagró sus últimos años á la instruccion de unos montañeses groseros, y al desarrollo de la inteligencia de sus hijos.

Sepultado en su retiro de Friburgo, que por sus desvelos y los de sus sucesores llegó á ser uno de los colegios mas florecientes de Europa, desaparecia de la escena del mundo para dar ejemplos de piedad y sabiduría, que otros Jesuitas, dignos émulos